

LA ERA CRISTIANA

La imagen del San Miguel venciendo al demonio estaba en la sala donde mi abuela y su hermana, ésta dos años mayor y soltera, tenían el piano, donde recibíamos las clases de solfeo que yo no soportaría. Se trataba de una talla dieciochesca del arcángel San Miguel levantando su espada para decapitar el demonio, un ángel policromo que se elevaba sobre un pedestal de madera con basamento y plinto de mármol, en el rincón de la salita inmediato al piano, quedando la figura del diablo abatido justo a la altura del teclado, partituras y asiento. Un demonio cobrizo horrorizado ante la sobriedad justiciera del santo.

Una talla de buen porte y medidas, que llevaba medio siglo junto al piano de pared situado en una abigarrada salita, donde pasaba algunos de mis mediodías y muchas tardes de la primera infancia, de esa primerísima infancia de la que no te acuerdas de casi nada, aunque de esto sí.

El San Miguel era una imagen en madera policromada del barroco tardío, obra del padre de mi tatarabuelo, ambos doradores en la plena tradición castellana, oriundos de Galicia donde germinaron los mejores imagineros, hijos de sus bosques. Mi tatarabuelo, siendo abogado, doraba retablos, algunos importantes, y era el padre de mi bisabuela Laurentina, señora señorona que había regido el gineceo que fue nuestro hogar durante casi tres generaciones, una familia en la que la mayoría

eran mujeres, y que residían en un inmenso caserón a la sombra misma de la catedral de la ciudad.

Yo era un niño muy niño y me obligaban a estudiar solfeo y piano en casa de mis abuelas, asunto que no me gustaba nada. Parte de mi vida transcurría en aquel saloncito del piano con este San Miguel de compañero, y la imagen del diablo sufriendo. Mi encantadora tía-abuela trataba de introducirme en el mundo de la música pretendiendo el éxito que había tenido con mi hermana mayor, y no así con el resto de mis hermanos. Fue un intento vano, yo era un niño, aunque inquieto, muy vago. El solfeo me resultaba incomprensible, y el piano un esfuerzo excesivo para mis escasas energías, pues nací enfermo y siempre fui un niño débil y algo enclenque. No soportaba las clases de música por más que me llevaba muy bien con mi tía-abuela, que era todo cariño y ponía su mejor empeño en esta musical docencia.

Los pentagramas me horrorizaban. Ni las fusas, ni las semifusas, ni las corcheas y semicorcheas. Aquello era un lío, una complicación. La música no era un juego, requería mucha disciplina. El esfuerzo me superaba y, ya entonces, cualquier labor práctica me fastidiaba. No entendía la clave de Sol ni la de Fa. Las clases de piano todavía las soportaba, pero el solfeo era matemática oscura, era pura abstracción. Ni que decir tiene, que si con esa edad no tenía uso de razón, mucho menos de abstracción. De concentración, ni hablamos.

Quizás en algún momento prosperé en mi aprendizaje, no lo recuerdo bien. Sé que conseguí interpretar algunas mazurcas de Chopin, músico al que no le tengo mayor simpatía, como tampoco a Liszt, del que aprendí su *Sueño de Amor*, también el *Ave María* de Schubert (éste romántico sí que me cae bien), la graciosa *Marcha Turca* de la *alegría de la fiesta* que es Mozart, y otras piezas que –facilitadas para niños– suponían el repertorio que estudiábamos en el cuaderno de *Maestros de la Juventud*, junto al imprescindible manual para jóvenes pianistas que era *Le Carpentier*, de obligado estudio en toda iniciación.

Llegué a tocar en ocasiones para las visitas que hacían amigas de la casa, serenatas ridículas que no tendrían continuidad por el abandono que pronto decidí de tocar el instrumento ante la inmensa tarea que suponía su aprendizaje y estudio. Tendría sólo seis o siete años. Eran los momentos de la Primera Comuni3n, cuando planeas enfrentarte al mundo de la escuela, cuando vas a conocer a otros ni3os, que no sean tus primitos y las ni3as muñecas que te han ido presentando en las visitas.

Lo del piano y la m3sica definitivamente no me gustaba y fui entorpeciendo el proceso docente. Ni Liszt, ni Chopin... uno un pesado y el otro un triste; Mozart todav3a. Me rebelaba, unos d3as enfermo, otros retrasando la clase, otros por despiste. No quer3a estudiar m3sica y lleg3o un momento que radicalmente me enfrent3 a ello. Llegaron a ofrecerm3 una propina por cada clase recibida, por mi asistencia, pero me negu3 en redondo. Fui un est3pido.

Una primera idiotez propia de un tonto. Pero pensaba no ser tan tonto, hab3a empezado a leer con inter3s, y leer me era m3s c3modo. Prefer3a estar tumbado viendo santos e ilustraciones, que sufrir con mis manos en el teclado. Un teclado de marfil protegido de un suav3simo fieltro blanco que, a s3lo un palmo, ten3a la cabeza del diablo despavorido con sus cuernos, implorando piedad al San Miguel.

Un 3ngel un tanto hier3tico, con la espada sobre su cabeza y una capa p3rpura impoluta. El pobre diablo se situaba a la altura de nuestros ojos, de nuestras manos, sobre un pedestal que soportaba ambas im3genes, la del cobrizo demonio tumbado, y la del santo 3ngel que, sin despeinarse, le reten3a pis3ndole un brazo, elev3ndose erguido con el tama3o de un humano.

Era un escenario un poco t3trico. Hubiera podido acariciar al diablo con la mano derecha, y con la izquierda seguir tocando el piano. 3Simpat3a por el diablo temprana? Ninguna. Aquello daba cierto repel3s. Prefer3a 3ngeles y bondades. Mis abuelitas, que era as3 como las llam3bamos, eran unos 3ngeles custodios, nada hab3a

que temer que no fuera al hombre del saco, al lobo feroz y a Barba Azul, si eras jovencita que no era mi caso. Situando al diablo y al San Miguel junto al piano, mis abuelitas no trataban de invocar al maligno, ni tratar de aterrorizarnos con el pecado, las maldades, y cosas así. En absoluto. No se hablaba del pecado en nuestra casa. Nos contaban que el endemoniado Paganini era un violinista loco, pero que allí se tocaba el piano. Se daba por hecho que la presencia del ángel y el diablo no suponía intento de exorcismo de clase alguna. Hubiera sido ridículo en sus mentes amables y tolerantes. El que la talla estuviese tan pegada al piano sería como lo habría dispuesto en su día la abuela Laurentina, medio siglo antes. Lo cierto es que el escenario era soberbio, de abigarrado carácter, siendo un lugar tranquilo, con su balcón a la calle.

Un esbelto piano de pared, un K. Bord parisino, que trajo mi bisabuelo Ventura, esposo de Laurentina, que como impresor trabajando en Casa Santarem, había sido delegado por los editores del periódico local, *El Norte de Castilla*, decano de la prensa diaria de provincias, para la compra en Suiza de unas rotativas. De Zúrich se vino con el piano para sus hijas, mis abuelas, que pronto aprendieron a tocarlo, una de ellas maravillosamente, mi docente tía Consuelo, que obtuvo su correspondiente premio extraordinario en la ciudad de Madrid y su reconocimiento en la prensa local.

Mi tortura era este precioso piano negro, con sus dorados candelabros, sus marfiles y una sobria elegancia *art nouveau*, un instrumento en el que habían aprendido música tres generaciones, y que para mí, muy perezoso, suponía un horror. El piano, el demonio y el ángel me aburrían soberanamente, todo esfuerzo me asqueaba, el solfeo era chino para mí. Y lo dejé. ¿A qué niño medianamente educado no le gusta *La marcha turca* de Mozart o el *Minueto* de Boccherini? Bien, pues a mí no, no mucho entonces. Todo lo del solfeo y el piano, me desesperaba. La tortura de la tecla se acabó cuando rompí una partitura de no sé quién, rasgándola teatralmente, y cerrando

para siempre *Le Carpentier*. No creo que llorase. Adiós al método y a la disciplina. Adiós, pentagramas.

Mozart o Haydn no se hubieran molestado por alternar con Joan Baez o Marie Laforêt. Fue absurdo no abundar desde niño en los clásicos, no poder disfrutar de ellos durante decenios en los que escuché demasiada basura popular. Porque basura hemos escuchado mucha en el marasmo del *rock*. Bien es cierto que hubiera sido imposible conocer mucha más música de la que he conocido. Si además de los folklores americanos de norte y sur, los europeos y propios, y todo el *pop* y el *rock* y las nuevas músicas, hubiese estado escuchando madrigales, zarabandas y sinfonías ilimitadas, no sería humano, sería divino, y no.

Los *singles* de Sylvie Vartan de mis hermanas tenían mucho más atractivo que la críptica partitura del liante Liszt. Sí que me gustaba bajarme a casa de mis abuelas, tumbarme en su cama turca, o sentarme en la mesa camilla y leer los libros de geografía, la colección de *El Mundo en color*, preciosos tomos con los que, pacientemente, me enseñaron las primeras letras. Pero que se me hiciera repetir algo, me encendía, me rebelaba. Estos días leo a Alexander Herzen, el gran pensador y periodista ruso –el personaje que fue–, y anoto estas palabras con las que me identifico: «siempre amé tanto la lectura, como me disgustaba aprender las lecciones». Es algo que suscribo.

En mi tierna infancia parecía dar por hecho que existía la ciencia infusa, la que creía poseían algunos apóstoles, o no sé quién me habían dicho, y era la que a mí me gustaba. Prefería estos libros de geografía, viajes y aventuras, los de Julio Verne y las expediciones Pacíficas de James Cook, que los mamotretos de solfeo encuadernados en cuero rojo de Don Hilarión Eslava, cuyo nombre ya me enfermaba.

Así fue y lo lamento. Preferí las letras y el estar tumbado en el *ball* de casa, que el estudio del piano, pudiendo haber hecho ambas cosas. Un primer error vital grave. Qué pena. Me he arrepentido siempre, y no

me lo perdonaré jamás de los jamases. Aunque chaval dispuesto y nervioso, era rebelde contra todo aprendizaje serio, prefería ser un mero observador de aquel mundo que era mi familia, un mundo donde todos eran mucho mayores que yo. Era un hijo no deseado, tardío, aunque mi concepción hubiera sido estupenda, según se me dijo, la noche de Nochebuena, con todo el amor de mis queridísimos padres amantes... el amor, el lechazo y el Vega Sicilia, un niño germinado con placer. (Así me lo contaron con el tiempo, así me lo contó mi madre, algo que celebro alegre y contento, con *regocijo y alborozo*, diríamos con términos propios del ambiente navideño).

En esos primeros seis o siete años de mi vida, lo que quería era estar tirado en la alfombra observando el ir y venir de la familia, en el *ball* de entrada o en la sala de estar, donde se conversaba alrededor de la mesa camilla, y se veía un rato la televisión. Lo cierto es que me perdía por la casa sin mayor actividad que irme a los balcones a ver la calle (o a no verla, pues las nieblas eran pertinaces en mi ciudad), o me sentaba en la galería, con la torre de la catedral encima, cuando era primavera y se abrían los ventanales. A veces me molestaba en sacar algún juguete de los muchos que teníamos en el sótano de casa, almacén de una importante juguetería local.

Vivíamos en aquella casa que construyera mi bisabuelo impresor, una casa de tres pisos, buhardillas, desvanes y un sótano. La inacabada catedral herreriana se alzaba justo encima de nosotros, y, seguidamente a nuestro patio, se disponían los jardines de Cervantes frente a la universidad, facultad de Derecho y Filosofía y Letras, aulas que tenían una fabulosa fachada barroca y un peristilo de columnas soportando las cabezas de unos leones que se suponía protegían al alumnado, facultad situada apenas a cien metros del portal de mi casa, y cuya doble escalinata de acceso interior le daba una solemne majestuosidad, siendo refectorio de asambleas y mítines estudiantiles de todo tipo.

Nuestra casa fue un gineceo regido por la longeva Laurentina primero, y por mis abuelas después. Una bisabuela que yo no conocí por muy poco. Una señora de original discurso, hija del dorador, mujer del impresor, que había reunido en aquella casa a sus dos hijas, una viuda de médico con cuatro niñas, y a mi tía soltera pianista, que se iría convirtiendo en consejera áulica de toda la familia. Eran once o doce mujeres las que vivían en el edificio, hasta que llegó mi padre a pedir la mano de mi madre.

Ventura, su marido, el bisabuelo, era segoviano y también estuvo en la fundación de *El Adelantado de Segovia*. Era poeta y simpático, y hombre de gustos muy refinados por lo que se observa en el menú de bodas, en las tarjetas de visita, en las fotos que tenemos de él, por lo que nos cuentan los recortes de periódicos que aún conservamos. Siempre estaba haciendo brindis en conciliábulos de todo tipo y recordando a un tío suyo, masón de la masonería, que llegó hasta las Cortes de Cádiz, y cuyos crípticos mensajes a la familia conservo en una pared de mi casa. Pero Ventura murió joven, como morimos todos los varones en esta familia.

En el principal del edificio vivían mis abuelas, en el entresuelo dos señoras rentistas amigas de la familia, y en el segundo piso nos instalaríamos nosotros, mis padres y los cuatro hijos que tuvieron, los dos primeros niñas también. En las buhardillas vivía la portera y se almacenaba el carbón, se guardaban muebles y baúles. La portera que yo conocí desde niño, se llamaba Valeriana, una mujer que olía mal y no daba ni sello.

En el sótano tenía un tesoro. Una importante juguetería de la ciudad tenía los sótanos alquilados como almacén y en esa confianza que se daba en el mundo de ayer, nosotros también teníamos llaves. Disfruté de muchos juguetes cuyas cajas húmedas les hacían desechar. Una fantasía para un niño. Pero no era jugar lo que más me gustaba. A mí me interesaba algo que no sabía que existía, lo que luego supe llamaban *il dolce far niente*... algo mucho más serio, el hacer poquito, hacer lo menos posible, y la

lectura de cuentos, libros y lo que tuviese a mano. Los juegos muy enérgicos, violencias y deportes me repelían.

Pasaba la mayoría de las tardes en casa de mis abuelitas, pues eran muchos los días que estaba enfermo real o figurado, semanas enteras en las que no me apetecía nada ir al colegio y conseguía hacerlo. Se trataba de que todos nos lleváramos bien, en la familia, con el colegio y sus maestros, con todos los actores que rodeaban mi existencia

Diré en este punto, que a mis abuelitas se les sumaba mi tía Elisa, una tercera abuela estacional, que venía de Cuéllar a pasar los inviernos con nosotros. Una mujer que me tenía una devoción especial, extremaba sus cuidados hacia mí a los niveles obsesivos de una novela decimonónica inglesa. Era tan mayor como mis otras abuelitas, era la hermana de mi abuela paterna fallecida, que se casó en sustitución con el viudo como era costumbre cuando quedaban huérfanos pequeños, si bien ni mi abuelo Félix ni sus hijos la tuvieron como esposa y madre. Era una mujer sin especial interés, la pobre. Es por esta tía abuela invernal que siempre he dicho que yo tenía tres abuelas y así se las presentaba a mis amigos.

Continúo. Aprendí a leer con un libro de geografía en una camilla con un brasero, mis ojos de niño seguían con el dedo las líneas de texto y las fotografías impresas en las que fui descubriendo volcanes, desiertos y bosques, y que pronto provocaron mis sueños y un mundo de aventuras particular. Glaciares, taigas y tundras fueron las primeras emociones visuales y desde entonces han sido emociones eternas. Dicen que los paisajes de la infancia prevalecen sobre otros a lo largo de la vida. Yo tengo el páramo, tengo la Tierra de Campos y la Tierra Pinares, esa Castilla profunda en la que nací. Pero había paisajes en la distancia que los sentía tan próximos en mi imaginación de niño como las veredas del río Pisuerga. Aprendí a leer en aquellos libros ilustrados con las Pirámides, las secuoyas de Yosemite, el paso del Khiber, el Amazonas, el Fujiyama, el volcán Osorno en Chile, y los rascacielos de Park Avenue. Este volcán último poseía la

naturaleza que más me emocionó en ese momento de la niñez en que sueñas con cada imagen, volcán del que, pasados los años, pude disfrutar como nadie de la luna llena sobre su cráter nevado. Subí a él. En Puerto Varas, en la Patagonia chilena, el Pacífico.

Mi tía pianista era la primogénita de la bisabuela que mandó en generaciones y que murió poco antes de nacer yo, de Laurentina. Fue por esta mujer virgen y un poco mártir a la que debo mi nombre, el nombre del novio que tuvo hasta casi los ochenta años, viviendo el pretendiente en otra casa enfrente, en la misma calle. No era James Stewart en *La ventana indiscreta*, era un viejo rico, trasegado y obsesionado con mi tía, de morir desposado con ella. Yo me llamo como este novio eterno despechado hasta su fallecimiento, por lo que pudiendo ser herederos de una relativa fortuna, nos quedamos con la ilusión de haber sido un poco ricos gracias a este amante tardío que apareció en el balcón de enfrente.

Pero no fue así, fue justo lo contrario. La herencia del solitario amante fueron la ropa interior del caballero enamorado, y un sello de oro horroroso que conservo yo, y que no me pongo jamás. La fortuna la heredaron las Hermanitas de la Caridad, lo que fue una faena, pues yo podría haber dado buena cuenta de ella en la inmediata juventud. Hubiera heredado algo, que para eso me llamaba como el finado, y en consecuencia era el favorito de mi tía, que si hubiera accedido a las nupcias finales, como su amante la solicitaba, nos hubiera dejado unos dineritos a los sobrinos, agradecidos como no hay que decirlo. Mi tía Consuelo nos quería mucho a todos y nosotros a ella. Hay que decir que no siendo muy guapa, nunca tuvo una cana, y que hasta que murió, a los ochenta y tantos, mantuvo las piernas de una jovencita.

El caso es que mi tía quiso que me llamase como el novio que se había marchado de su lado con la guerra, y que había vuelto diciendo que la amaba.

El eterno novio había sido médico y decía ser muy amigo de Unamuno, y de un montón de próceres del intelecto de la época (todo el mundo por aquel entonces decía ser amigo del autor de *La Tía Tula*). Estaba muy viajado, pero era un tipo raro, muy desaliñado y no demasiado simpático, algo por otra parte normal, siendo como era repudiado en su afán marital, y sin obtener el plácet de mi padre, que iría tomando las riendas de la familia según fueron envejeciendo mis abuelas. A mí padre no le gustaba este ajadísimo pretendiente. Lo consideraba un egoísta que había llegado tarde a jurar el amor eterno al que no se comprometió de joven, dejando para vestir santos a nuestra querida tía. Fue una historia galdosiana o, visto entre nieblas, una historia francesa de amores rencorosos. Pero no, no recuerdo nada de los discursos de este señor, era muy pequeño, no tengo más memoria que su presencia y el de estos rumores de las herencias. Sé que pretendió casarse con mi tía hasta el último día de su vida, en el mismo hospital donde la perdía, y quiso hacerla heredera tras el juramento sagrado del matrimonio. Pero no fue así, lo repito: una lástima. Mi tía no se iba a casar a su edad. ¿Qué dirían? *A veces la reputación es más importante que la vida misma*, decía un personaje de la novela que leo estos días. Pero así son los rencores. Este eterno novio no debía ser buena persona. Un miserable. Un cabrón. No se les deja todo a las Hermanitas de la Caridad. *Que se mueran los feos* era una canción popular de la época.

Mi nombre es bonito, un nombre regio de un emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, batallador y pacificador a la vez, que se casó con una mujer de nombre bien gracioso, Cunegunda, que ya es llamarse raro. Visité sus tumbas en Bamberg, Baviera. Un bonito nombre el que me pusieron, pero nada más. Lo pecuniario siempre se ha solapado en mi vida.

Pasamos capítulo.

Parece que lo había pasado muy mal al nacer. Me salvó un pediatra amigo de mi bisabuela, que luego tuvo por descendiente a un inefable presidente de este país. El abuelo era muy bueno, pero el nieto ha sido francamente malo, de lo peor. De aquel trance me quedó una salud endeble que he sufrido toda mi vida. Desde niño, malo malito. Siempre he visitado médicos, seguido terapias, tomado medicinas; siempre he tenido una enfermedad en curso, no he dejado de estar paciente o convaleciente a lo largo de mis días, y así hasta hoy, hasta ahora mismo que el asunto es más grave. Claro que con esa mala salud desde la cuna existía la posibilidad de estar enfermo a mi antojo, sin ser descubierta, algo que te podía reportar el inestimable beneficio de hacer lo que te viniera en gana en muchos momentos, y tener a todo el mundo pendiente de ti.

Mis abuelas eran mujeres urbanas, la pianista y la viuda de médico, madre de cuatro hijas estudiantes. Estaban atendidas por dos chicas de servicio fijas en la casa. Lo dicho, un gineceo que vivía de escasas rentas, pero que les permitían una sobrada dignidad de posición. Todas en la misma casa, dirigida por esta bisabuela de armas tomar. Cuando mi padre fue a pedir la mano de mi madre, Laurentina le advirtió que aquella casa era un barco, una nave de mujeres, y que *donde hay patrón, no manda marinero*. Que la autoridad era ella. Mi padre quedó encantado del poder femenino que tenía aquella familia, siendo como era un buen hombre y, a su modo, un galante seductor. Muy señor y señorito también, se casaba con la que decían era la mejor de las hermanas, por otra parte todas estupendas, y viviría en el segundo piso donde fundaría despacho de abogado. Todo lo organizaba y controlaba la singular dama que era Laurentina, y entre madres, hermanas y tías, mantenían una vida confortable en el ambiente de la época a pesar de sus carestías, pero en el que se prometía la felicidad compartida en aquel corazón de la ciudad.

Vivirían en comandita y comunidad. Mi padre y once damas más, casi todas vírgenes, se entenderían a las mil maravillas. Mi tía músico era virgen, mártir de ese novio que tanto se alejó, como la persiguió hasta su muerte. Mi abuela, viuda muy joven, no conoció otro varón. Las hijas, lo que se estilaba, vivieron sin mácula hasta sus matrimonios, todos posteriores al de mis padres que fueron los primeros en desposarse. (Las chicas del servicio, por lo que me contó mi hermano, no eran virginales, como tampoco la portera, y no sé las señoras del entresuelo). Mi hermano sí conoció íntimamente al servicio, yo no.

Comentaré en estos momentos de la historia que se cuenta, un pasaje de la vida de mi padre ciertamente singular, que antecede a estos acontecimientos, y que nos daría para imaginar tanto una disparatada comedia como una tragedia bélica, que es lo que fue. Al gineceo de Laurentina mi padre llegaría entrenado. Antes del encuentro con mi madre y su introducción en este mundo que describo, mi padre –Juan Francisco era su nombre–, venía de vivir su particular aventura, una difícil historia con mucho de tragedia, en otro serrallo más que singular. La historia la haré breve, pero es fílmico, podría ser un comedión.

Mi padre tenía una hermana maestra de novicias en un convento de Carmelitas en Onteniente, Levante. A comienzos de la Guerra Civil fue a visitarla y encontró al noviciado enfermo de tuberculosis, asediadas por las fuerzas republicanas, que estaban quemando conventos en ese momento terrible de nuestra historia. Una situación trágica que necesitaba un inmediato arreglo. Mi padre ni corto, ni perezoso, y con un arrojo y coraje propios de un romántico valiente, recogió a su hermana enferma, y se llevó a quince novicias del convento a su casa de Cuéllar, Segovia, donde les ofrecería refugio, cuidados y manutención. Quería salvar sus vidas y organizar su particular convento en Tierra de Pinares, donde tenía casa suficiente para albergar a las monjitas enfermas y jamonés en los desvanes para alimentarlas.